COMERCIALES PARA CAVIAR

Fanny Buitrago

Colombia

¿Quién es la hembra? ⎯preguntó Dorian Galvis al hombre de los anteojos ahumados, con quien tomaría el desayuno, por primera y quizá última vez⎯, ¿está buena?, ¿qué tal las piernas? ⎯ Había esperado ese día con interés y decisión. Gastar labia era su única manera de disimular inquietud, nerviosismo. Inclusive, la admiración soterrada, pavorosa, que el otro despertaba entre enemigos y competidores.

El hombre que nunca utilizaba su nombre continuó absorto en el rompecabezas multicolor extendido sobre la mesa. Había una ciudad indígena, agobiada por verdes matorrales, parásitas, uvas silvestres, y escalinatas desgastadas por siglos, mirándose en un lago transparente. En el firmamento, intenso y azul, volaban garzas sin picos y sin patas. Una muchacha descalza, los tobillos mutilados, avanzaba hacia la nada en la mitad de una canoa.

⎯¿Está buena? ⎯insistió Dorian Galvis.

El hombre sin nombre y muchos sobrenombres tomó una pieza verde laurel y la engastó entre las espléndidas aguas que, escapándose del mantel, luchaban por abrazar las escalinatas. Sus ojos glaucos examinaron a Dorian, fijamente, sin pestañear. Una mirada errática, sin fuerza, ni signos de reconocimientos, como si el poseedor ⎯a través de un cristal⎯ bucease únicamente en su interior. Indiferente y sin ultraje. No obstante, la voz sonó cálidamente.

⎯Es la mujer de un bibliotecario. Tranquila. Casera. Ni mozos ni fiestas estruendosas. Se llama Nirma. Una tontarrona. Ni siquiera juega a las cartas como las otras viejas. A veces acompañaba al marido a lecturas y recitales aburridos.

⎯¿A qué esperamos? ⎯ Dorian se mostró impaciente. Hacerlo estaba en su papel.

El otro había encontrado un tobillo femenino entre las fichas del rompecabezas. Admiraba el hallazgo con ojos vagos. ⎯Cuando está sola, ella enciende la tevé a las once. No falla nunca. Escasamente se mueve para orinar.

⎯¿Y el fiambre? ¿Qué pasa con él?

⎯No es gente rutinaria. Tiene mucho cuidado. Sale de su casa sorpresivamente, no importa la hora. A veces duerme en moteles I en apartamentos alquilados. Y viaja constantemente. Tiene sus amiguitas. Viste de oscuro y prefiere camisas blancas, pero no es fácil de cazar. Hay que ir con tinooooo ⎯y arrastró la palabra desmañadamente, mientras aguantaba un bostezo⎯. No podemos cantar victoria a destiempo.

Dorian sintió que la piel se le erizaba lentamente. A partir del cuero cabelludo. ⎯¿Guardaespaldas? ⎯preguntó agarrándose instintivamente a una silla.

⎯Dos entre la casa. Afuera hay cuatro. Viaja con escolta. Demasiada gente creo yo. Unos seis automóviles, hasta quince tipos. Y en donde hay mucha gente es fácil crear desorden. No hay peligro. No te preocupes.

⎯¿No hay peligro? ¿Seguro? ⎯Galvis apartó la silla.

Seguía inquieto ante la garra y el profesionalismo de su imperturbable asociado.

⎯Tranquilo. Las cosas están en orden. No se esperan el batazo.

Una mujer alta y fornida, las pestañas y el cabello renegridos, entró silenciosamente en el comedor. Traía una bandeja de plata, con dos tazas, pan fresco, huevos pericos y servilletas bordadas. El hombre que nunca utilizaba su nombre sonrió con forzada indulgencia.

⎯Mi amor, tu equipaje está listo ⎯anunció ella, mientras colocaba la bandeja paralela a las escalinatas erosionadas, en un tramo libre del mantel.

⎯Buenos días, señora ⎯dijo Galvis respetuosamente. Ella inclinó la cabeza, y devolvió el saludo fríamente. Su curiosidad marchita desde hacía muchos años.

⎯Gracias, mi amor ⎯agradeció el otro. ⎯Buen viaje ⎯musitó ella, sus manos anchas e impecablemente manicuradas levantándose en un gesto espontáneo que expiró de inmediato.

⎯Llamaré por teléfono, esta noche o mañana ⎯ él retiró imperceptiblemente el rostro anguloso que la mujer no había rozado siquiera⎯, y gracias por el desayuno.

⎯Me acuesto a las once, ya lo sabes ⎯dijo ella secamente, No sirvió el café, ni pretendió acompañarlos. Al retirarse intentó sonreír a Galvis, pero sus labios maquillados en fucsia se curvaron en mueca.

Mientras desayunaban, Galvis advirtió que todo el comedor estaba enchapado en madera. Los estantes exhibían cristalería de Murano, vajillas de loza fina, un ajedrez trabajado en marfil. A su manera, sintió lástima de aquella mujer. Y una pregunta comenzó a martillarle, ¿cuánto ganaría El Zarco por trabajo? Rin rin rin sería divertido saberlo. Nomás por joder.

2

A Nirma le gusta estar sola en casa. Todo es fácil entonces, el trabajo y el silencio. Lavar platos, aspirar muebles y tapetes, limpiar ventanales. Hay que llamar a la carnicería. Atender al muchacho de la lavandería Express. Tres, cuatro veces el teléfono. Y a disfrutar el resto del día.

⎯¿Hola?

⎯Soy yo, Marta, ¿en qué andas? ¿Qué hay?

La conversación telefónica podría ser una sola y todas sus amigas dueñas de la misma oreja; reversible y plástica. Acondicionada para escuchar los temas de siempre. Maridos infieles y trapos y maquillaje y la carestía de la vida y el servicio doméstico. Aunque cada una espera de las otras noticias verdaderas. Emociones fuertes. Sucesos imposibles en el sacrosanto hogar, reino de la dentición infantil, el día de la Madre, diarrea y sarampión. Navidad y aniversarios. ¿Y de dónde extraer emociones fuertes? A Nirma le gustaría jugar un poco. Quitarse el sello de esposa-dama para sacar el ruedo de mujer primitiva, disoluta, que, indudablemente, dormita prisionera en su interior. Sería divertido (y escandaloso) confiarle a sus amigas historias abominables. Les diría que ella, Nirma Alzate, no es la esposa amable, sensata y ahorrativa que todos imaginan conocer. Se revelaría como ninfómana angustiada, una cleptómana irredenta o la despiadada cabecilla de un grupo terrorista. Terrorista es una palabra musical. Se deletrea fácilmente. Vale la pena utilizarla.

⎯¡increíble! ¡Qué regia eres, mujer!

La escucharían, asombradas, con alegría y resquemor. Y pese al divertimiento tacharían su nombre de las amistades convenientes. No sería una mujer novelesca y audaz, sino la tal por cual de Nirma Alzate. A su marido lo llamarían alcahuete. Cabrón y cornudo.

Le encanta estar a solas. ¿Y si hay un incendio? Una bomba en el edificio. Tal vez los guerrilleros se tomen a Bogotá. ¿Y si la asaltara y violara el Monstruo de los Andes? Mejor encender el televisor y desterrar los malos, odiosos pensamientos. Todavía no son las once. Casi.

En la cocina, planea la jornada. Salchichas, maní, uvas, besitos, almendras, jamón, pan tajado. Coca-cola litro. Así cumple un deber sagrado con su marido y futuro padre de sus hijos: nutrirse, lucir saludable, vivir muchos años, muchísimos años. ¡Ah! Falta la mayonesa y la vitamina C.

Himno Nacional. El televisor estalla en imágenes. Nirma dispone cojines, una manta, mesitas a lado y lado del sillón. Teléfono. Y el mundo es una película en tecnicolor a través de los comerciales. Allí se dominan innumerables sortilegios para obtener la auténtica felicidad, espantar la tristeza, encender el amor y eternizar la juventud. Definitivamente, allí la belleza es un artículo de fácil adquisición y *Sunsilk*, el shampoo de las estrellas de Hollywood. Nirma obtendría un cutis terso y juvenil con jabón *Lux* (otro favorito de las estrellas) y el esplendor de los veinticinco años usando *Splendor 25*; detendría la edad de la piel con *Millenium* de Elizabeth Arden y derrocharía  *sex appeal* perfumándose generosamente: *Scoundrel* es infalible-esencia-atrapa-hombres.

3

⎯Despacio, despacio ⎯dijo el hombre que nunca utiliza su nombre⎯. No es preciso asustar a la vieja, ni dañar las puertas. Detesto la patanería innecesaria.

Galvis sonrió. No necesitaba ganzúas o palanquetas. Lo suyo eran las llaves maestras, brocas pequeñitas, limas adelgazadas al máximo. También horquillas, tarjetas de crédito, nylon y piola. Nunca dejaba raspones en la madera, muescas en las cerraduras, aserrín en el suelo. Llevaba las herramientas sobre sí mismo, entre las costuras del pantalón y el forro de su gruesa chaqueta azul.

⎯Listo ⎯susurró, mientras el otro lo miraba con sus ojos de agua, sin desdén o censura.

Entraron directamente a una sala amplia, alfombrada. Había sillas tapizadas en moqueta rosa, un espejo ahumado. Un paragüero y libros de pared a pared. Nirma Alzate estaba en la penumbra, un pie desnudo y el otro cubierto con una media de lana. Vestía un camisón largo, abrigado, infantil.

El hombre apodado El Zarco la había vigilado durante nueve semanas. La sabía amable, tranquila, incapaz de armar un griterío.

⎯Mal, muy mal señora Alzate ⎯su voz fue gentil, tolerante⎯. No esperábamos tener problemas con usted, ni causarle un susto. ¿Qué hace junto a las escaleras? Tenía entendido que usted prende la tevé a mediodía y no se mueve del sillón hasta las seis.

⎯Es el frío ⎯susurró ella⎯. Tuve que buscar unas medias.

⎯Lo siento. Lo siento muchísimo. Íbamos de paso, rumbo a un trabajito. Nada relacionado con usted. Le doy mi palabra.

⎯Tiiinnn tinnnnn. ¿Ahora qué? ⎯preguntó Galvis.

⎯Voy solo y tú le haces compañía ⎯decidió El Zarco, quien además tenia otros siete sobrenombres.

Nirma anudó el lazo del camisón que se le escurría y fue a sentarse, las piernas encogidas púdicamente, atenta al televisor. Los dos hombres gesticularon junto al ventanal. Ella, los pies y manos helados, no lograba escucharlos. ¿Miedo? No. Cosquillas en la lengua, un dolor intenso a la altura del pubis. Adivinaba lo que estaban diciendo.

⎯Tú no la despintas un Segundo. Déjala responder el teléfono pero nunca el citófono. El edificio es grande y los porteros no insistirán. Ni siquiera nos vieron entrar.

⎯¿Puedo almorzar?

⎯Obvio. Y si no regreso al anochecer, digamos las siete, te largas ¡y sobre el humo! Tomas precauciones, ¿entendido?

-Bien, bien- dijo el hombre de la chaqueta azul despreocupadamente-, y mucha suerte.

El zarco, quien vestía uniforme con el monograma ETB- Empresa de Teléfonos de Bogotá-, salió a un balcón pequeño, enladrillado, en donde se oxidaban cuatro sillas estilo señorial. Las criadas que limpiaban ventanales saludaron efusivas, mirándolo abrir la portezuela de la escalera de emergencia. Desde allí subiría tres pisos hasta alcanzar la terraza general del Bloque A, y luego pasaría a otro edificio. Tenía que realizar su trabajo el extremo de la manzana.

4

Nirma se concentró en la gimnasia rítmica. Lo infalible para eliminar celulitis en los muslos esas protuberancias llamadas llantas, bananos, en el resto del cuerpo. Unnn, dosss, tress. Y una y dos. La rubia de Colgate Palmolive sonrió por quinta vez y anunció que Colgate evita la caries dental. Y luego una adolescente de risos *amelados* dijo a su amiga- aviesa y traidoramente- “Si quieres conseguir un hombre, hay que invertir dinero en donde mejor se ve”. *Close Up*, otra crema dental. En general, siéntase cómoda. Lo que mortificaba eran sus pies entumecidos. Y el hombre de la chaqueta azul.. sentado sobre el tapete- no mostraba una actitud amenazante. Olía bien. No intentó asustarle, no exhibió armas. Estaba interesado en la tele. Y pronto comenzaría la telenovela “Tierras de pasión”. Sentía la respiración masculina, el aroma a colonia, los ojos de pronto sobre ella.

* Tiiinnn tinnn, ¿Ahora qué? –copió los dichos del intruso mentalmente-. Quizá lo suficiente para bañarme con jabón dorado. Maquillarme con Frambuesa de Helena Rubinstein, vestirme con jeans Gloria Vanderbilt, perfumarme la boca con Listerine y pruebe a tiempo *Close Up*. Siempre he usado Kolinos. Muerta, ¿a quién le interesaría mi aliento?
* ¿Brandy?- preguntó sorpresivamente el hombre de la chaqueta azul-. Está temblando, linda. ¿Qué tiene?

Nirma se ladeó a mirarlo. Su cuerpo alerta, repentinamente helado. La espalda hormigueante. Si lo pensaba, si volvía a pensar allí estaba la aventura, la emoción, el terror presentido cien veces. Quizá la fecha de su muerte y el día más importante de su vida. En la pantalla os protagonistas de “Tierra de pasión” se besaban tiernamente.

-¡Esto es amor! –exclamó él-. Amor con A mayúscula.   
Vaciló un segundo, pero aceptó la botella metálica ofrecida por el intruso. Dijo: -Quizá es lo que necesito y urgente-   
- Me abre el apetito- dijo él, observándola complacido, mientras ella tomaba el licor y se estremecía visiblemente-. Ya es tarde. Estoy hambriento y me duelen los entresijos, y no es bueno que se desperdicié toda esta comida ¿cierto? Plin plin plin.

-Sírvase- dijo Nirma-. El jamón es una delicia, como a mí me gusta.

-¿Y usted?  
-No tengo hambre todavía.

-¿Estudias o trabajas? –él hizo la clásica pregunta de bailes juveniles, sirviéndose otro trago- ¿maní?, ¿almendras?, ¿salchichas? Ñam ñam ñam- Debes alimentarte. Es una orden.

Del forro de la chaqueta azul él extrajo un trozo de salami, dos manzanas y pan integral.

-Mi contribución al foforro. Nunca, nunca salgo a trabajar sin provisiones. Nunca- Te puedes quedar varado en una carretera o debajo de un puente, ¿y quién dijo yo la vi?

5

Comieron en silencio, turnándose la mayonesa, como si fuesen viejos amigos que se hubiesen encontrado sorpresivamente en un tren o estuviesen extraviados entre los escombros de una ciudad destruida por la guerra.

-¿Van a matarme, no es eso?- preguntó ella, mordisqueando las uvas, despacio, ya que podrían ser las últimas.

-Clin clin clin. Te cortaremos en canal y venderemos por libras tus huesitos.

El extendió una mano tocándole el cabello. Gesto delicado, fugaz, que a Nirma no le despertó miedo o repulsión. Vio cabello brillante y dientes blanquísimos. Y unos ojos risueños fusilados de lucecitas, aunque en la penumbra no era posible adivinar el color exacto.

-Sigue temblando, ¿es miedo?

-No; estoy bien.

Pero el frío se había inoculado en toda su piel. Los dientes le castañeaban. Un sudor febricitante y a la vez placentero fluía bajo sus axilas. En la cadena dos un sargento disparaba a matar tarataaaataaaatttaaa.

-Nada te pasará con Dorian Galvis- dijo él-. Nadie romperá tus tobillos o hundirá la canoa.

Quedó sorprendida ante el dejo afectuoso de la voz. Y no hizo el menos movimiento cuando él le quitó sus gruesas medias de lana y comenzó a frotarle los pies entumecidos. Las manos eran fuertes, tibias, correosas. Era como encontrar al experto jinete y colono del territorio Malboro. Seguramente manejaba un automóvil Renault 18, bebía Chivas Regal, prefería colonia Passport 767, camisas Rätczel y hojas Guillette para un afeitada perfecta. E interiores Jockey.

Una sirena ululó en las cercanías. Y el teléfono sonó también aumentando el ruido. Nirma levantó la bocina y colgó sin responder.

-Entonces, ese hombre nos matará a los dos- dijo—Si es inteligente nos matará.

-Así lo planea- el intruso estaba tranquilo-. El Zarco es un hombre capaz y nunca deja rastros por eso regresará; nunca pensó hacerlo.

-¿No quiere matarnos hoy, entonces?

-Ni hoy, ni la semana entrante. Él nunca tiene prisa. Hace las cosas a su ritmo y cómodo.

Ahora las sirenas habían enloquecido. El teléfono timbraba nuevamente. En la pantalla, las escenas guerreras fueron interrumpidas por un locutor que tenía noticias de última hora. Un alto funcionario del gobierno había sido asesinado en plena calle y ante la impotencia de cinco guardaespaldas. Galvis, ligero en sus movimientos, apagó el televisor.

-Bonito socio- dijo Nirma-. Bonito oficio el de ustedes.

-Tiiinn tinn- él se inclinó a besar sus dedos gordezuelos y volvió a colocarle las medias-. Te equivocas, El Zarco no es mi verdadero socio, sino otro fiambre y el objeto real de mi trabajo. ¿Socio? Un decir. Hace un mes que lo acompaño a todas partes y lo obedezco ciegamente. Ahora terminar un trabajo siempre visita al mismo amigo, en el mismo sitio. Tinn tinn y lo cogemos y lo situamos.

-Tú ¿quién eres?

-El mejor en lo mío.

-¿Y el otro?,.¿el motivo de todo esto?

El hombre que decía llamarse Galvis la miró admirativamente y se acercó a besarla en la mejilla. Dijo:

-Ha sido un día extraño, y hermoso también, Hace tiempo que no me gustaba tanto la compañía de una mujer.

-¿Cuándo regresas?

-El próximo viaje- consultó su reloj. De un salto estaba de pie.

¿Cómo sabes?

-Lo sé. Es todo. Tengo que irme. ¿Dónde está el baño?

6

Salió diez minutos antes de las siete. Nirma escuchó la puerta al cerrarse y encendió el televisor. Las sirenas habían cesado. No quería perderse las noticias. Después haría pipí y se levaría los dientes. A las ocho iba su serie favorita. Además tenía una duda, ¿había en la tele comerciales para caviar? No lo recordaba. El teléfono volvió a sonar.

-Hola ¿qué tal? Soy Hilda, ¿qué haces? Llamé cuatro veces en la tarde ¿Viste las noticias? ¿Ya sabes lo que pasó?

-No sé nada.

-¿Cómo? Si hubo una matazón en la cuadra. ¡Hay toque de queda! El presidente hablará a las nueve por radio y televisión. Esto está muy feo ¿En dónde tienes la cabeza? ¿Qué hiciste en toda la tarde?

-Vi una película de intriga- explicó Nirma- Había dos asesinos y una mujer. Otro enlatado gringo. Nada del otro mundo. Clinnn clinn.